


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Daniela Slipak, *Discutir Montoneros desde adentro. Cómo se procesaron las críticas en una organización que exigía pasión y obediencia* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2023).

Hernán Eduardo Confino¹

Instituto de Investigaciones Sociales / Universidad Nacional Autónoma de México

hconfino@sociales.unam.mx

Fecha de recepción: 17/10/2023

Fecha de aprobación: 23/10/2023

Desde que Félix Luna clasificara en 1987, en la introducción a la primera edición en español de *Soldados de Perón: Los Montoneros*, de Richard Gillespie, la trayectoria de la organización armada más relevante del peronismo como “la historia de una locura”², muchos esfuerzos hermenéuticos han bregado por arrancar la mirada de esa patologización primigenia y reponer, así, la comprensión de las diversas aristas del pasado armado en general y de la experiencia montonera en particular. La propia expansión y consolidación del campo de la historia reciente en la Argentina, producida en torno a la segunda década del dos mil, tuvo entre sus impulsos fundamentales, junto al estudio de la represión estatal, la historización de

1 UNAM, Programa de Becas Posdoctorales en la UNAM, Becario del Instituto de Investigaciones Sociales, asesorado por la Dra. Eugenia Allier Montaño.

2 Félix Luna, “Introducción”, en Richard Gillespie, *Soldados de Perón: Los Montoneros* (Buenos Aires: Grijalbo, 1987), 7.

los proyectos de radicalización política y revolucionaria de la Nueva Izquierda que se produjeron entre las décadas de 1960 y 1980³. Esta tarea debió sortear numerosas dificultades, como la cercanía con ese pasado —que implicaba, muchas veces, el tráfico de impresiones morales como reconstrucciones históricas—, la dimensión trágica de esa experiencia —que arroja como saldo una gran cantidad de víctimas desaparecidas y asesinadas— y, también, las miradas retrospectivas de los propios participantes de la experiencia, que contribuyeron a modelar aproximaciones duraderas sobre Montoneros. Las salvedades que plantea Luna en el prólogo de Gillespie son sintomáticas de este punto: “Pueden parecer fuera de lugar estas declaraciones personales. Pero sucede que al leer este libro he revivido en mi espíritu esos espantosos años en que toda norma civilizada pareció haber desaparecido en mi país, arrasada su tradición política por un viento de demencia aparentemente indetenible”⁴. La locura y la demencia se volvieron epítetos repetidos en las primeras semblanzas sobre Montoneros⁵. Luna finalizaba con un reconocimiento a la “deliberada asepsia del profesor Gillespie” por su condición de inglés: “No es argentino, y la trayectoria de los ‘soldados de Perón’ constituye para él un sujeto de investigación, y nada más”⁶.

El último libro de Daniela Slipak, de muy reciente publicación, *Discutir Montoneros desde adentro. Cómo se procesaron las críticas en una organización que exigía pasión y obediencia*, es un ejemplo

3 Marina Franco y Daniel Lvovich, “Historia reciente: apuntes sobre un campo de investigación en expansión”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana ‘Dr. Emilio Ravignani’*, no. 47 (julio 2017): 190-217. Para una selección mínima de libros sobre Montoneros, véanse: Luis Miguel Donatello, *Catolicismo y Montoneros. Religión, política y desencanto* (Buenos Aires: Manantial, 2010); Karin Grammatico, *Mujeres montoneras: una historia de la Agrupación Evita (1973-1974)* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2011); Guillermo Caviasca, *Dos caminos. PRT-ERP y Montoneros, la guerrilla argentina en una encrucijada* (La Plata: De la Campana, 2013); Federico Lorenz, *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)* (Buenos Aires: Edhasa, 2013); Alejandra Oberti, *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta* (Buenos Aires: Edhasa, 2015); Luciana Seminara, *Bajo la sombra del ombú. Montoneros Sabino Navarro, historia de una disidencia* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2015); Daniela Slipak, *Las revistas montoneras. Cómo la organización construyó su identidad a partir de sus publicaciones* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2015); Esteban Campos, *Cristianismo y revolución: el origen de Montoneros* (Buenos Aires: Edhasa, 2016); Rocío Otero, *Montoneros y la memoria del peronismo* (Buenos Aires: Prometeo, 2019); Hernán Confino, *La Contraofensiva: el final de Montoneros* (Buenos Aires: FCE, 2021).

4 Felix Luna, “Introducción”, en Gillespie, *Soldados de Perón...*, 10.

5 Para el caso de la Contraofensiva, véanse Esteban Campos, “¿Locura, épica o tragicomedia? Las historias de la contraofensiva montonera en la era de la democracia consolidada”, *Estudios*, Centro de Estudios Avanzados, Universidad de Córdoba, no. 29 (enero-junio 2013): 93-110; Hernán Confino, “Héroes, víctimas y enajenados. Los motivos de los militantes de Montoneros que participaron de la Contraofensiva (1978-1980)”, *Nuevos Mundos Nuevos*, Cuestiones del tiempo presente (11 diciembre 2019): 1-14.

6 Felix Luna, “Introducción”, en Gillespie, *Soldados de Perón...*, 10.

muy acabado de la independencia que ha alcanzado la producción historiográfica actual sobre las organizaciones armadas con respecto a los motivos que la habían encorsetado en sus comienzos; motivos que, a su vez, han devenido objetos de investigación en sí mismos⁷. Slipak reconstruye con sensibilidad historiadora y precisión conceptual no sólo el derrotero de las cuatro disidencias que Montoneros padeció durante su década de existencia —la Columna Sabino Navarro (1972-1975), la Juventud Peronista Lealtad (1973-1974), el Peronismo Montonero Auténtico (1979-1980) y Montoneros 17 de Octubre (1980-1982) — sino también las interpretaciones que esos mismos disidentes hicieron sobre la trayectoria de la organización y —más importante— la pregnancia que esas miradas tuvieron en sus desplazamientos a otros registros, como los ensayos políticos elaborados entre el exilio y la transición democrática o la producción académica y testimonial posterior.

La autora, doctora en Estudios Políticos por la École de Hautes Études en Sciences Sociales de París y la Universidad de Buenos Aires y profesora de la Escuela IDAES de la Universidad Nacional de San Martín donde también coordina el Centro de Estudios Sociopolíticos, continúa en este flamante trabajo con la interrogación de algunas de las preocupaciones que atravesaron su primera obra, dedicada a la misma organización, *Las revistas montoneras. Cómo la organización construyó su identidad a través de sus publicaciones*⁸. Allí analizaba la prensa oficial de Montoneros con las herramientas de la teoría política, para reconstruir las tramas identitarias de la organización a lo largo de su historia. *Discutir Montoneros desde adentro* constituye, en un punto, la extensión de las preocupaciones vertidas en *Las revistas montoneras*, sobre todo, en lo atinente a los nudos problemáticos del pensamiento político contemporáneo (como la articulación de la violencia y la política o la matriz de la subjetividad insurgente armada del siglo XX), pero incorpora, además, un análisis histórico más presente que permite, a través de las palabras y las acciones de los propios protagonistas, restituir la heterogeneidad del universo de significaciones y prácticas de la experiencia montonera.

7 Además de los análisis vertidos en el libro, la propia Slipak ha dedicado trabajos previos a estudiar los esquemas memoriales que, nacidos de la experiencia montonera, han funcionado como prismas dominantes para reconstruir la historia de la organización: “Sobre desvíos, espejos y cúpulas. Las disidencias montoneras y las lecturas sobre los años setenta”, *Revista Izquierdas*, no. 32 (febrero 2017): 39-57.

8 Slipak, 2015, *op. cit.*

Algo resulta claro: el libro, presentado como una historia de las disidencias, no es sólo eso. En la reconstrucción relacional de los desacuerdos entre los críticos —que no se pensaban ni se presentaban como disidentes, al menos en un principio— y la ortodoxia montonera, Slipak refracta, como hace el prisma con el haz de luz, el amplio abanico de colores de la historia montonera. En particular, posa su mirada en las definiciones políticas de quienes, en contradicción con la Conducción Nacional (máxima instancia directiva), objetaron algunos puntos centrales de la praxis política de la organización, aunque esas diferencias no implicaran una ruptura total con los ejes centrales de la subjetividad insurgente. Descentrar la mirada de la Conducción le permite a la autora, además, tender puentes entre Montoneros y distintos sectores del movimiento de radicalización política de cuyo fermento social brotó la organización. También posibilita un acercamiento más denso y complejo a las ideas y vicisitudes de los militantes, representados linealmente desde la transición como “aventureros”, “víctimas”, “militaristas”, “enajenados” o “mesiánicos”. Para lograr estos cometidos, Slipak se vale de una amplia gama de fuentes, entre las que se destacan los documentos partidarios de Montoneros, los comunicados internos de la Conducción y de los críticos, la prensa oficial de la organización y de sus disidencias y los testimonios de los protagonistas de la experiencia, contruidos por la autora a partir de dieciséis entrevistas. En las páginas de *Discutir Montoneros desde adentro* queda a las claras que las principales críticas a la violencia revolucionaria provinieron de quienes la consideraban un instrumento válido para la contienda política. Las impugnaciones al “militarismo”, al “vanguardismo”, a la “burocratización” y al “autoritarismo” de Montoneros, muestra Slipak, lejos de haber surgido en el exilio a fines de la década de 1970 a propósito de la derrota revolucionaria, fueron continuas y simultáneas al desarrollo de la experiencia, y se desplegaron cuando la llama insurgente aún no se había extinguido. Slipak realiza, entonces, un doble movimiento: mientras que cose la historia de Montoneros a través de los pronunciamientos críticos, muestra cuánto de esos planteos “nativos” han sido claves de lectura hegemónicas para pensar la historia de la organización luego de su derrota. El corte entre el “adentro” y el “afuera” de la experiencia, en este caso, es más contextual que sustantivo.

Uno de los mayores aciertos del libro reposa en la síntesis virtuosa que logra Slipak en el ensamble de las preocupaciones teóricas del pensamiento político contemporáneo y la reconstrucción de la historia de Montoneros, no como mera escenografía de los descontentos, sino, a la vez,

como productora de significados. Aunque los tópicos de los pronunciamientos críticos se reiteren, y Slipak privilegie esos núcleos comunes de sentido, no deja de lado que la primera ruptura se dio en el contexto de los tempranos setentas, aún con la “Revolución Argentina” (1966-1973) en el poder y la organización en ciernes; que el marco de la segunda disidencia, durante la tercera presidencia de Juan Domingo Perón (1973-1974), tuvo una dimensión oficialista e institucional de la que carecieron las restantes; o que las dos últimas fracturas son incomprensibles sin considerar las transformaciones que se dieron a partir del exilio orgánico, ya durante la última dictadura militar (1976-1983), y los desacuerdos que se desencadenaron con el inicio de la Contraofensiva Estratégica (1978-1980). Así, la autora abreva en la tradición historiográfica que tiene como objeto central la interrogación y el análisis de la subjetividad insurgente de las organizaciones armadas de la Guerra Fría, y se distancia de las perspectivas más esencialistas que ubican la trayectoria montonera y de otras organizaciones del estilo como el PRT-ERP como un despliegue más o menos lineal pero ciertamente inexorable de una cultura política presentada como invariable desde sus orígenes. En algunos casos, incluso, estas perspectivas plantean un deliberado desdén por los acontecimientos, como si las tramas identitarias fuesen capaces, por sí solas, de restituir la densidad histórica de aquellos años⁹.

Antes de desarrollar los cuatro capítulos dedicados a cada una de las disidencias, Slipak construye en la primera sección del libro, “Norma y discusión en Montoneros”, la perspectiva analítica desde la cual estos pronunciamientos serán interrogados, esto es, a partir de las normas de comportamiento que regían al interior de Montoneros y la pregunta por la disciplina interna, que “obliga entonces a situar la mirada en la matriz normativa de la subjetividad revolucionaria armada” (p. 30). La autora problematiza la cultura revolucionaria montonera a partir de los mandatos —formales e informales— que atravesaron la experiencia militante, pero no los considera como un manajo de prescripciones inmutables, sino como productos históricos que dependieron del contexto de la organización así como del marco político más amplio en el que esta se desarrolló. Los códigos formales de conducta, las reglas disciplinarias informales y los

⁹ Por ejemplo, Hugo Vezzetti, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvido* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2009) y Vera Carnovale, *Los combatientes. Historia del PRT-ERP* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2011).

desacuerdos al interior de la organización constituyen los miradores privilegiados para interrogar la subjetividad montonera que, como los exhaustivos reglamentos inducen a pensar, intentó controlar la transgresión continua de los militantes al modelo de conducta impuesto por la organización. Su mutabilidad, de todos modos, no obedeció a esquemas prefijados y exaltados por las memorias —como el “desvío militarista” de mediados de la década de 1970 o el “quiebre” entre dirigentes y dirigidos— y, según la autora, “no introdujeron novedades disruptivas con respecto a su configuración simbólica inicial” (p. 31).

El análisis de la disciplina interna permite a Slipak asomarse a la indistinción que la organización fomentaba entre las dimensiones privadas y las públicas de la vida y a la entronización del modelo de militante “heroico-sacrificial”. La militancia en Montoneros, como en otras organizaciones análogas, era total. Cuestiones que podrían parecer individuales y privadas, como las sexuales o familiares, fueron reglamentadas por la organización. En el extremo de la sanción, aplicada a los delitos de “traición”, se encontraba la pena capital, el fusilamiento. En la mayoría de los casos, sin embargo, estas sanciones no fueron cumplidas producto del contexto de clandestinidad y recrudecimiento represivo. Slipak recorre algunos casos en los que las faltas cometidas por los militantes ameritaron la pena máxima de parte de las jerarquías montoneras y los bemoles con los que estas sanciones se pusieron en práctica. Su arsenal teórico no se impone frente a los acontecimientos, al contrario, los realza y los vuelve materia prima del análisis. Por eso restituye un cuadro más complejo de la disciplina revolucionaria, usualmente pensada en dirección vertical y descendente, desde la dirigencia hacia las bases. Según Slipak, “los mecanismos de reproducción [disciplinaria] se dieron en distintos niveles (p. 48)”. Si fueron efectivos para ordenar comportamientos fue porque incluyeron la creencia tanto de parte de los dirigentes como de los subordinados. Las disposiciones disciplinarias, plantea Slipak, no sólo operaron ante la comisión de los delitos estipulados en el ordenamiento penal revolucionario sino que sirvieron, también, como respuestas coactivas frente a las diferencias políticas y contribuyeron a acallar las objeciones. Sin embargo, no todas las detracciones fueron silenciadas: algunas, incluso, recogieron solidaridades más amplias y culminaron en las disidencias grupales que son el eje que estructura *Discutir Montoneros desde adentro*.

El segundo capítulo del libro, “La Columna José Sabino Navarro (1972-1975)”, aborda la primera disidencia sufrida por Montoneros que, a la vez, fue la que mayor alcance y duración tuvo. Se produjo en los primeros años de la organización y se conformó a partir de las redes trazadas por quienes fueron apresados en la segunda gran acción montonera, la toma de la localidad de la Calera, en julio de 1970, en Córdoba. Las críticas desarrolladas por los militantes en las cárceles, aun antes de constituirse como estructura alternativa, orbitaron en torno a dos cuestiones que persistirían en los intercambios posteriores con otros grupos críticos: las discusiones sobre el peronismo, por un lado, y sobre la violencia, por el otro. En su pluma ágil, la violencia transmuta en las violencias y el peronismo, en las diversas interpretaciones que produjo. Para “los sabinos”, los problemas de Montoneros —una comprensión homogénea del movimiento peronista y una premura por realizar acciones armadas sin el necesario acompañamiento social— provenían desde el origen mismo de la organización. Sin romper con el paradigma revolucionario, los disidentes no criticaron la legitimidad de la violencia armada como herramienta de la política pero, para evitar el “foquismo”, el “militarismo” y el “aparatismo”, sostuvieron que los métodos violentos debían adecuarse a los objetivos del “pueblo”. Pero, tal como plantea Slipak a partir de los aportes de Claude Lefort, la insustancialidad de ese concepto —en permanente revisión y discusión— no hizo más que atizar los descontentos. La constitución del espacio alternativo, sostiene la autora, no obedeció tanto al deseo primigenio de los críticos como a la penalización de la diferencia política que llevaron adelante la Conducción y las jerarquías medias.

El tercer capítulo del libro se titula como la segunda disidencia que padeció Montoneros, ya durante el trienio peronista: “La Juventud Peronista Lealtad (1973-1974)”. A diferencia del desprendimiento de los sabinos, “los leales” tuvieron una articulación menos orgánica y se reunieron en torno al liderazgo de Juan Domingo Perón que estaba siendo desafiado por Montoneros. Por eso, las críticas leales se dirigieron al “marxismo-leninismo” y al “vanguardismo” de la Conducción, que sólo contribuían a la desestabilización del gobierno. Esta disidencia, al igual que había sucedido con la de los sabinos, también legaría a futuro algunas claves interpretativas recurrentes sobre la historia de Montoneros. Por un lado, el planteo de que los “errores” estaban circunscriptos a la Conducción y, en particular, a su máximo dirigente, Mario Firmenich. Esta figura del “quiebre” pasaría a las memorias retrospectivas sobre la historia

de la organización y perfilaría una dirigencia absolutamente ajena a la militancia que representaba. Por otro lado, los leales sostenían que los errores no provenían desde los inicios de la organización, como habían planteado los sabinos, sino que habían comenzado en un momento puntual, localizado generalmente en Ezeiza y la masacre que rodeó el regreso de Perón, pero también en la fusión de Montoneros con las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), ajenas a la tradición peronista. “Quiebre” entre dirigentes y dirigidos, por un lado, y “desvío”, por el otro: la escisión del proyecto con respecto a sus resultados, sostiene lúcidamente Slipak, cumplía el cometido de preservar los orígenes montoneros y la subjetividad revolucionaria. Del mismo modo sucedió con la violencia: no la impugnaron *per se*, pero condicionaron su uso a la figura del “pueblo”: la disidencia buscaba “desligar (...) la violencia insurgente de la figura del pueblo, con el objeto de quitar legitimidad a las acciones armadas” (p. 129). Al igual que los sabinos, y quizá tributarios de la idea de un “desvío” a mediados de los setentas, los leales sostuvieron que en la época de su ruptura aún no funcionaban los castigos que se impondrían más adelante. Sin embargo, sostiene la autora: “aunque la presencia de la norma se exacerbó con el contexto represivo, la conformación de los leales tampoco puede comprenderse sin ella” (p. 137).

El cuarto capítulo de la obra, “El Peronismo Montonero Auténtico (1979-1980)”, aborda la tercera disidencia que sufrió Montoneros, ya sobre los años finales de la organización y en un contexto radicalmente diferente a las dos rupturas previas, signado por el exilio orgánico que redimensionó la política montonera luego del ascenso de la última dictadura y el recrudecimiento de la represión. Si bien la ruptura se desencadenó con el inicio de la Contraofensiva, los desacuerdos que manifestó el grupo comandado por Rodolfo Galimberti y Juan Gelman abrevaban en los planteos críticos contra la Conducción que la Regional Columna Norte y el ámbito de inteligencia que integraba Rodolfo Walsh habían planteado entre 1975 y 1977. Tanto en los planteos de Norte como en los escritos de Walsh se criticaba la primacía de la dimensión militar del enfrentamiento político que había privilegiado la organización desde la autolandestinización de 1974. A diferencia de las escisiones previas, argumenta Slipak, la disidencia del Peronismo Montonero Auténtico no se extendió sobre las definiciones del peronismo. Acorde con el renovado contexto, sus preocupaciones orbitaron en torno a la política de la organización durante la dictadura y su decisión de iniciar la Contraofensiva. Compartió con los otros pronunciamientos,

no obstante, el hecho de no desechar el uso de la violencia ni abandonar el horizonte de la revolución. La disidencia galimbertista apeló a algunos de los esquemas que previamente habían sido utilizados por las otras escisiones. Además de la impugnación al “sectarismo”, “aparatismo”, “militarismo” y “foquismo”, entre otros, sostuvo —en línea con los sabinos— que los problemas se remontaban a los inicios mismos de la organización y no eran producto de desvío alguno. Por otro lado —tal como lo habían hecho los leales—, planteó que esos problemas no eran de todo el espacio, sino de su cúpula dirigente. En el contexto en el que un número importante de ex-militantes que transitaban el exilio habían comenzado a interrogarse acerca de la derrota del proyecto revolucionario, Slipak reconoce dos novedades interpretativas de la disidencia: la idea de una desconexión de la realidad por parte de la Conducción y el (no) reconocimiento de la derrota. Ambas ideas, agrega la autora, tenían su propia historicidad en los planteos de Walsh, cuyo análisis le permite conectar en un continuo, a modo de eslabón perdido, las elaboraciones críticas de los primeros setentas con las exiliares de fines de la década.

La reacción de la Conducción a esta ruptura fue la más extrema: los dirigentes de la organización responsabilizaron a los disidentes de los delitos de “deserción”, “insubordinación”, “conspiración” y “defraudación” y encargaron investigar si no habían incurrido, además, en el comportamiento de “traición”, que estipulaba la pena de fusilamiento. Slipak reconstruye que la comunicación de la Conducción no fue entendida del mismo modo por todos los disidentes. Para algunos de los destinatarios, el comunicado montonero fue poco más que una letra muerta mientras que para otros, a la inversa, implicó una amenaza de muerte concreta. Más allá de que la reacción de la dirigencia era coherente con la historia punitiva de la organización —en un contexto, plantea la autora, en el que ya se habían sucedido fusilamientos por los delitos de deserción y/o traición—, la radicalización de su reacción obedeció, también, al lugar ocupado por los disidentes en las tramas de la organización, con figuras rutilantes como Galimberti y con una ambición por conducir el espacio político que las otras fracturas no habían manifestado.

El último capítulo del libro, “Montoneros 17 de Octubre (1980-1982)”, está dedicado a la última disidencia montonera, producida ya en el ocaso de la organización. También realizado en el exilio, el pronunciamiento se desencadenó a la luz del balance favorable que la Conducción había hecho sobre la primera oleada de la Contraofensiva. Los temas que los detractores pusieron

a discusión recogieron los planteos que atravesaban al exilio: violencia, revolución, democracia y peronismo. Más allá de determinadas coincidencias con las otras fracturas, la autora muestra cómo las transformaciones del contexto permearon los planteos disidentes y les dieron forma. Sin embargo, los protagonistas de la ruptura no le asignan en el presente ninguna relevancia a su pronunciamiento pretérito: esa ambigüedad, intuye Slipak, puede ser indicativa del momento transicional de la disidencia, encorsetada entre una forma revolucionaria de hacer política que moría y una sensibilidad humanitaria que comenzaba a recoger apoyos entusiastas. A diferencia de la formación del Peronismo Montonero Auténtico, el surgimiento de Montoneros 17 de Octubre fue menos beligerante y se produjo de común acuerdo luego de una reunión no exenta de tensiones con el oficialismo en la Nicaragua sandinista. Tal como sucedió con el análisis de las otras rupturas, Slipak recupera los motivos de Montoneros 17 de Octubre: “la impugnación al foquismo, al vanguardismo y al militarismo” (p. 201). Los críticos explicaban estos problemas por la existencia de una tendencia interna que había estado desde los orígenes de la organización y había consolidado su dominio sobre las políticas del conjunto. El esquema de una organización partida entre las decisiones de la cúpula y el sentir del resto de los militantes se constituía nuevamente como clave analítica de peso. También lo era la dicotomización entre la acción política y la acción militar, que oscurecía sus intersecciones históricas. Sin embargo, agrega la autora, la crítica de las políticas armadas en el inicio de la década de 1980 no impugnó toda violencia, sino sus ritmos y condiciones. Lo mismo sucedió con la figura de la vanguardia. Montoneros 17 de Octubre bregó por instalar la “insurrección popular armada” como estrategia e instó, en un cambio central del paradigma de la organización, a reemplazar la noción de “guerra” por la de “rebeldía popular”. No obstante, la autora sostiene que el pronunciamiento a favor de la democracia no significaba una apuesta por la democracia liberal. En la pluma de los disidentes, la democracia continuó ligándose al pensamiento de las izquierdas, que asociaban la vigencia de la democracia no a un conjunto de procedimientos sino a la vigencia de los intereses de la mayoría. La misma ambigüedad rastrea Slipak para el caso de la derrota, que si bien era considerada por los críticos, no implicaba necesariamente el abandono del horizonte insurgente, como si sucedió en las críticas que estructuraron la revista *Controversia para el examen de la realidad argentina*, surgida sobre el final de la década de 1970 a partir de la iniciativa de un grupo de exiliados argentinos en

México. Estas cuestiones, plantea Slipak, son indicativas de la pluralidad de fuentes en las que abrevaba el pronunciamiento crítico que, por un lado, no terminaba de romper con la sensibilidad revolucionaria y, por el otro, sumaba elementos que eran propios de los balances sucedidos en el exilio y que ponían en tensión esa sensibilidad.

En las conclusiones, Slipak retoma la matriz común de los pronunciamientos disidentes, que tendieron a pensar sus incomodidades como problemas o errores que podían ser resueltos y no como pilares constitutivos de la experiencia. Más allá de las diferencias contextuales, plantearon objeciones comunes, como un desvío militar que habría pervertido los aciertos políticos del inicio o las dicotomías entre una violencia legítima y otra ilegítima, entre las esferas políticas y militares y entre una cúpula aislada y autoritaria y el grueso de la militancia. Las cuatro disidencias buscaron, de este modo, resignificar la experiencia montonera aunque sin desecharla. De parte del oficialismo, fue la norma disciplinaria la que se orientó hacia el bloqueo de la expresión de las diferencias y, sobre todo, del cuestionamiento de su poder y representatividad. No obstante, esa norma, lejos de ser un instrumento al servicio exclusivo de la Conducción, fue parte del entramado histórico de la organización y, por lo tanto, fue sostenida y reproducida por todos los integrantes de Montoneros, que terminaron recreándola.

Las producciones sobre la historia de Montoneros y la violencia revolucionaria que, a modo de línea torcida, se sucedieron entre *Controversia* (y otras publicaciones del exilio), el debate “No Matar” (2004-2007) o la experiencia de la revista “Lucha Armada en Argentina” (2005-2014) fueron tributarias de las interpretaciones que los disidentes montoneros elaboraron durante el transcurso de la experiencia insurgente. *Discutir Montoneros desde adentro*, con su historización fina y sofisticada de las perspectivas “nativas”, así lo demuestra. Balances morales, críticas políticas e incomodidades personales se entrelazaron para dotar de sentido una historia que fue polémica antes de ser derrotada. Estos esquemas, como los del “desvío” o el “quiebre”, performaron, también, muchas aproximaciones académicas que hicieron propias desde la década de 1980 las perspectivas que habían esgrimido los militantes armados más díscolos. A lo largo de su libro, Slipak muestra, justamente, las dificultades que han tenido las aproximaciones posteriores sobre la historia de la

organización para apartarse del “adentro”, esto es, de las referencias y los horizontes de expectativa de los propios protagonistas. La transición a la democracia no constituyó, tampoco en lo atinente a las interpretaciones sobre el pasado, un punto cero.

Además de historizar las interpretaciones sobre la trayectoria de la organización, Slipak combina con pericia y precisión los elementos teóricos y la preocupación por los acontecimientos y teje una historia de Montoneros enhebrada a partir de los debates que las disidencias mantuvieron con la Conducción. Algunos de los problemas fundamentales del pensamiento político contemporáneo son analizados históricamente como devenires y no como esencia y contribuyen, de este modo, a la narración de una historia ágil y compleja a la vez, que escapa las etiquetas simplistas. A más de 35 años de la publicación de *Soldados de Perón*, la historiografía de Montoneros sigue aportando valiosas claves explicativas para entender nuestro pasado reciente. Por todas estas razones, *Discutir Montoneros desde adentro* será, sin dudas, una referencia del campo de estudios.